

ISRAEL EN EGIPTO

Volumen 1 – Sermón No. 136

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO EN LA MAÑANA DEL DOMINGO 14 DE JUNIO DE 1857
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS**

***"Y cantan el cántico de Moisés siervo de Dios, y el cántico del Cordero,
diciendo: Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso;
justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos."
Apocalipsis 15:3***

Para empezar, destacamos el cuidado del Espíritu Santo en la protección del honor de nuestro bendito Señor. Este verso se cita a menudo como si fuera así: "Cantan la canción de Moisés y el Cordero". Este error ha llevado a muchas mentes débiles a preguntarse por la expresión, ya que han imaginado que divide el honor de la canción del cielo entre Moisés y el Redentor. La cláusula "el siervo de Dios" es sin duda insertada por el Espíritu Santo para evitar cualquier error en este punto, y por lo tanto debe ser cuidadosamente incluida en la cita.

Supongo que la canción de Moisés está aquí unida a la del Cordero porque uno era un tipo e imagen del otro. El glorioso derrocamiento del Faraón en el Mar Rojo, fue sombra de la destrucción total de Satanás y todo su ejército en el día de la gran batalla del Señor. Y había en el canto de Moisés la expresión de los mismos sentimientos de triunfo que impregnarán los pechos de los redimidos cuando triunfen con su Capitán.

Que Dios el Espíritu Santo me permita mostrar el paralelismo que existe entre la condición de Israel al pasar por el mar y la posición de la Iglesia de Cristo en la actualidad. A continuación, compararemos el triunfo del Señor en el Mar Rojo con la victoria del Cordero en el gran y temible Día del Señor. Y, por último, señalaré algunos rasgos prominentes del canto de Moisés que sin duda serán tan prominentes en el canto del Cordero.

1. En primer lugar, es asunto nuestro considerar la posición de los hijos de ISRAEL como REPRESENTACIÓN DE LA NUESTRA. Y aquí observamos que, como la Iglesia de Dios, la vasta hueste de Israel ha sido liberada de la esclavitud. Nosotros, mis hermanos, que constituimos una parte del Israel de Dios, fuimos una vez esclavos del pecado y de Satanás. Servimos con dura servidumbre y rigor mientras estábamos en nuestro estado natural. Ninguna esclavitud fue más terrible que la nuestra. Hicimos ladrillos sin paja y trabajamos en el mismo fuego. Pero por la fuerte mano de Dios hemos sido liberados, hemos salido de la prisión.

Con alegría nos vemos emancipados, los hombres libres del Señor. El yugo de hierro ha sido quitado de nuestros cuellos. Ya no servimos a nuestras concupiscencias ni obedecemos el pecado del tirano. Con mano alta y un brazo extendido, nuestro Dios nos ha guiado desde el lugar de nuestro cautiverio y con alegría seguimos nuestro camino a través del desierto.

Pero con los hijos de Israel no todo fue alegría. Eran libres, pero su amo les pisaba los talones. El faraón no quería perder una nación tan valiosa de sirvientes. Por eso, con sus capitanes elegidos, sus jinetes y sus carros, los persiguió a toda prisa. Israel, asustado, vio a su enfurecido opresor cerca de su retaguardia y tembló, los corazones del pueblo les fallaron mientras veían sus esperanzas arruinadas y sus alegrías acabadas por el acercamiento del opresor. Incluso, así es con algunos de ustedes. Piensan que deben ser conducidos de regreso como ganado tonto a Egipto y una vez más convertirse en lo que eran.

"Seguramente", dices, "no puedo seguir mi camino con un hueste que busca hacerme retroceder. Debo volver a convertirme en el esclavo de mis iniquidades". Y así temes la apostasía y sientes que prefieres morir a convertirte en lo que eras. Esta mañana estáis llenos de inquietud. Estáis diciendo, "¡Ay de mí! Mejor que hubiera muerto en Egipto que haber salido a este desierto para ser capturado de nuevo". Has probado por un momento las alegrías de la santidad y la dulzura de la libertad. Y ahora volver a soportar la esclavitud de un Egipto espiritual sería peor que antes. Esta es la posición de la hueste sacramental de los elegidos de Dios. Han salido de Egipto y están siguiendo su camino hacia Canaán, pero el mundo está en contra de ellos.

Los reyes de la tierra se ponen de pie y los gobernantes toman juntos el consejo contra el Señor y contra Su pueblo, diciendo: "Dispersémoslos, destruyámoslos completamente". Desde los días de fuego de Smithfield hasta ahora, el negro corazón del mundo ha odiado a la Iglesia y la mano cruel y las burlas del mundo han estado siempre contra nosotros. Las huestes de los poderosos nos persiguen y están sedientas de nuestra sangre y ansiosas de cortarnos de la tierra. Tal es nuestra posición hasta este momento, y así debe ser hasta que lleguemos al otro lado del Jordán, hasta que nuestro Creador venga a reinar en la tierra.

Pero una vez más, los hijos de Israel estaban en una posición más terrible que esta. Llegaron a la orilla del Mar Rojo, temían a sus enemigos detrás; no podían huir por ninguno de los dos lados, pues estaban flanqueados por montañas y estupendas rocas, sólo tenían un camino abierto y ese camino era a través del mar. Dios les ordena que avancen. La vara de Moisés está extendida y las aguas se dividen. Se deja un canal mientras las inundaciones se mantienen erguidas y las aguas se congelan en el corazón del mar. Los sacerdotes, portando el Arca, marchan hacia adelante. Todo el ejército de Israel los sigue. Y ahora contemplan el maravilloso peregrinaje.

Una pared de alabastro está a cada lado y miríadas de gujarros en las profundidades. Como una pared de cristal el mar está a cada lado de ellos, frunciendo el ceño con los acantilados de espuma, pero aun así marchan. Y hasta que el último de los israelitas de Dios esté a salvo, el agua permanece quieta y firme, congelada por los labios de Dios. Tal es, mis oyentes, la posición de la Iglesia de Dios ahora. Tú y yo estamos marchando a través de un mar, cuyas inundaciones se mantienen en pie sólo por el poder soberano de Dios. Este mundo es un mundo que va a ser destruido de repente. Y nuestra posición en él es la de los hijos de Israel, por cuya causa las inundaciones se negaron a reunirse hasta que estuvieran a salvo en tierra.

¡Oh, Iglesia de Dios! Tú eres la sal de la tierra, cuando te quiten esta tierra debe pudrirse y descomponerse. ¡Oh ejército viviente del Dios vivo! Tú, como Israel, mantienes los torrentes de la Providencia quietos, en pie. Pero cuando el último de vosotros se haya ido de esta etapa de acción, la ira ardiente y la tremenda cólera de Dios se precipitará sobre la tierra en la que ahora estáis parados, y vuestros enemigos serán abrumados en el lugar por el que ahora camináis con seguridad. Permítanme poner mis pensamientos tan claramente como pueda. Naturalmente, de acuerdo con el orden común, el Mar Rojo debería haber fluido de manera nivelada y uniforme, constante en sus olas e ininterrumpida en su superficie. Por el poder de Dios, el Mar Rojo se dividió en dos partes y las inundaciones se detuvieron. Ahora, miren.

Naturalmente, de acuerdo con el curso común de la justicia, este mundo, que gime y sufre hasta ahora, debería, si sólo consideramos a los impíos, ser completamente destruido. La única razón por la que el Mar Rojo proporcionó un paso seguro para el ejército fue esta, que Israel marchó a través de él. Y la única razón por la que este mundo permanece, y la única razón por la que no es destruido por fuego, como lo será en el último gran día, es porque el Israel de Dios está en él. Pero una vez que hayan pasado, las corrientes separadas se encontrarán con sus manos y se abrazarán con ansiosa alegría para abrazar a la hueste adversa en sus manos.

Se acerca el día en que este mundo se tambaleará como un borracho. Todo cristiano puede decir, con la debida reverencia a Dios, "El mundo se ha disuelto. Yo sostengo sus pilares". Que todos los cristianos que están en este mundo mueran y los pilares de la tierra caigan, y como un naufragio y una visión, todo este universo nuestro pasará para nunca más ser visto. Hoy, digo, estamos pasando por las inundaciones con enemigos detrás, persiguiéndonos a nosotros que salimos de Egipto hasta Canaán.

II. Y ahora el TRIUNFO DE MOISES era una imagen del triunfo final del Cordero. Moisés cantó una canción al Señor junto al mar de Egipto. Si se dirigen a las Sagradas Escrituras, encontrarán que mi texto fue cantado por los espíritus santos que habían sido preservados del pecado y de la contaminación de la bestia. Y se dice que cantaron esta canción sobre "un mar de cristal mezclado con fuego". La canción de Moisés se cantaba al lado del mar, que era

de cristal y estaba quieto. Durante una pequeña temporada las inundaciones habían sido perturbadas, divididas, separadas, congeladas, pero unos momentos después, cuando Israel había pasado el diluvio con seguridad, se volvieron tan cristalinas como siempre, porque el enemigo se había hundido hasta el fondo como una piedra y el mar volvió a su fuerza cuando apareció la mañana.

¿Hay algún momento, entonces, en que este gran mar de la Providencia, que ahora se separa para dar paso a los santos de Dios, se convierta en una superficie plana? ¿Hay algún día en que las ahora divididas dispensaciones de Dios, que no pueden seguir su legítima tendencia a hacer justicia al pecado; cuando los dos mares de la justicia se mezclen y el único mar de la Providencia de Dios sea "un mar de cristal mezclado con fuego"? Sí, se acerca el día en que los enemigos de Dios ya no harán necesario que la Providencia de Dios sea aparentemente perturbada para salvar a Su pueblo, cuando los grandes designios de Dios se cumplan y, por tanto, cuando los muros de agua se junten, mientras que en sus profundidades más íntimas el fuego eterno ardiente todavía consumirá a los malvados.

¡Oh, el mar estará en calma en la superficie! El mar sobre el que caminará el pueblo de Dios parecerá un mar claro, sin olas, sin impurezas, mientras que, en su hueco seno, más allá de todo reino mortal, estarán las horribles profundidades donde los malvados deberán vivir para siempre en el fuego que se mezcla con el cristal.

Bueno, ahora quiero mostraros por qué fue que Moisés triunfó y por qué será que poco a poco triunfaremos. Una de las razones por las que Moisés cantó su canción fue porque todo Israel estaba a salvo. Todos estaban a salvo al otro lado del mar. Ni una gota de rocío cayó de esa sólida pared, hasta que el último de los israelitas de Dios puso su pie a salvo al otro lado de la inundación. Una vez hecho esto, las inundaciones se disolvieron en su lugar, pero no hasta entonces. Parte de esa canción era, "Has guiado a tu pueblo como un rebaño a través del desierto". Ahora, en el último tiempo, cuando Cristo venga a la tierra, la gran canción será: "Señor, has salvado a tu pueblo". Los has llevado a todos a salvo por los caminos de la Providencia y ninguno de ellos ha caído en manos del enemigo".

Oh, creo firmemente que en el cielo no habrá un trono vacante. Me alegro de que todos los que aman al Señor en la tierra deben llegar al cielo. No creo, como algunos, que los hombres puedan empezar el camino al Cielo y ser salvados y aun así caer en manos del enemigo. Dios no lo quiera, amigos míos...

***"Todo el pueblo elegido se reunirá alrededor del Trono,
Bendecirá la manifestación de Su gracia
y dará a conocer sus glorias".***

Parte del triunfo del Cielo será que no haya un solo trono que esté desocupado. Todos los

que Dios ha elegido. Tantos como Cristo ha redimido. Todos los que el Espíritu ha llamado... todos los que crean llegarán a salvo al otro lado del río. No todos hemos llegado a salvo todavía...

***"Parte del ejército ha cruzado la inundación,
y parte la está cruzando ahora".***

La vanguardia del ejército ya ha llegado a la orilla. Los veo allá...

"Saludo a las bandas salpicadas de sangre en la costa eterna".

Y tú y yo, hermanos míos, estamos marchando a través de las profundidades. Estamos en este día siguiendo con fuerza a Cristo y caminando por el desierto. Tengamos buen ánimo, la retaguardia pronto estará donde la vanguardia ya está. El último de los elegidos pronto habrá aterrizado. El último de los elegidos de Dios habrá cruzado el mar y entonces se escuchará la canción del triunfo, cuando todos estén seguros. Pero ¡oh! si uno estuviera ausente, ¡oh! si uno de los miembros de su familia elegida fuera desechado, se produciría una discordia eterna en el cántico de los redimidos y cortarían las cuerdas de las arpas del paraíso, para que nunca más se pudiera destilar música de ellas.

Pero, tal vez la mayor parte de la alegría de Moisés estaba en la destrucción de todos los enemigos de Dios. Miró a su pueblo el día anterior...

***"Miró a su gente y se le llenaron los ojos de lágrimas.
Miró al enemigo
Y su mirada fue severa y alta".***

Y hoy mira a su pueblo y dice: "Bendito seas, oh Israel, por haber desembarcado en la orilla". Y no mira al enemigo, sino a la tumba del enemigo. Mira donde los vivos fueron protegidos por el escudo de Dios de todos sus enemigos. Y él ve... ¿qué? Un poderoso sepulcro de agua. Una poderosa tumba en la que fueron envueltos príncipes, monarcas y potentados.

"El caballo y su jinete han sido arrojados al mar." Los carros del faraón se ahogan en él. Y pronto, mis oyentes, ustedes y yo haremos lo mismo. Digo que ahora tenemos que mirar hacia afuera a las huestes de enemigos. Con las bestias salvajes de Roma, con el anticristo de Mahoma, con los miles de idolatrías y falsos dioses, con la infidelidad en todas sus formas, muchos son los enemigos de Dios y poderosos son las huestes del infierno. He aquí que los veis reunidos en este día jinete sobre jinete, carro sobre carro, reunidos contra el Altísimo.

Veo la Iglesia temblorosa, temiendo ser derrocada. Veo a sus líderes doblando sus rodillas en una oración solemne y gritando, "Señor, salva a tu pueblo y bendice tu herencia". Pero mi

ojo mira a través del futuro con una mirada telescópica, y veo el feliz período de los últimos días cuando Cristo reinará triunfante. Me detengo a preguntarles ¿dónde está Babel? ¿Dónde está Roma? ¿Dónde está Mahoma? Y la respuesta vendrá... ¿dónde? Se han hundido en las profundidades. Se han hundido hasta el fondo como una piedra. Allí abajo el fuego horrible los devora, porque el mar de cristal se mezcla con el fuego del juicio.

Hoy veo un campo de batalla, la tierra entera está destrozada por los cascos de los caballos. Hay estruendo de los cañones y redoble de los tambores. "¡A las armas! ¡A las armas!", gritan las dos huestes. Pero esperen un poco y caminarán por esta llanura de batalla y dirán: "¿Ven ese colosal sistema de error muerto? Allí yace otro, todo congelado, en una muerte espantosa, en un estupor inmóvil. Allí yace la infidelidad. Allí duerme el secularismo y el secularista. Allí yacen los que desafiaron a Dios. Veo toda esta vasta hueste de rebeldes esparcidos por la tierra". "Cantad al Señor, porque ha triunfado gloriosamente. Jehová ha obtenido la victoria y el último de sus enemigos ha sido destruido". Entonces será el momento en que se cantará "el canto de Moisés y del Cordero".

III. Ahora, volviendo a la canción de Moisés, concluiré mi discurso con algunos detalles interesantes de la canción, que sin duda tendrán un lugar en la orquesta eterna de los redimidos cuando alaben al Altísimo. ¡Oh, hermanos míos! ¡Desearía haber estado junto al Mar Rojo para haber escuchado ese poderoso grito y ese tremendo rugido de aclamación! Creo que uno podría haber soportado una servidumbre en Egipto, sólo por haber estado en esa poderosa hueste que cantaba tan poderosa alabanza.

La música tiene encanto. Pero nunca tuvo tantos encantos como el día en que la bella Miriam dirigió a las mujeres y Moisés a los hombres, como un poderoso líder, manteniendo el tiempo con su mano. "Cantad al Señor, porque Él lo ha hecho gloriosamente". Creo que veo la escena. Y anticipo el gran día, cuando la canción será cantada de nuevo, "como la canción de Moisés y del Cordero".

Ahora, fíjate en esta canción. En el capítulo 15 del Éxodo la encontrarán y en muchos de los Salmos la verán amplificada. Lo primero que quiero que noten en ella es que de principio a fin es una alabanza a Dios y a nadie más que a Dios. Moisés, no has dicho nada de ti mismo. Oh, gran legislador, el más poderoso de los hombres, ¿no agarró tu mano la poderosa vara que partió el mar, que quemó su hermoso pecho y dejó una cicatriz por un tiempo en su seno? ¿No dirigiste a las huestes de Israel? ¿No reuniste a sus miles para la batalla y, como un poderoso comandante, los condujiste a través de las profundidades?

¿No hay una palabra para ti? Ni una. La letra de la canción es: "Cantaré al Señor", de principio a fin. Todo es una alabanza a Jehová, no hay una sola palabra sobre Moisés, ni una sola palabra de alabanza a los hijos de Israel. Queridos amigos, la última canción de este

mundo, la canción del triunfo, estará llena de Dios y de nadie más. Aquí alabas al instrumento. hoy miráis a este hombre y a aquel y decís: "Gracias a Dios por este ministro y por este hombre". Hoy dices, "Bendito sea Dios por Lutero que sacudió el Vaticano. Gracias a Dios por Whitfield que despertó a una Iglesia dormida". Pero en ese día no cantarán de Lutero, ni de Whitfield, ni de ninguno de los poderosos de las huestes de Dios.

Sus nombres serán olvidados por una temporada, así como las estrellas se niegan a ser vistas cuando el sol aparece. La canción será para Jehová y sólo para Jehová. No tendremos una palabra para los predicadores, ni los obispos, ni una sílaba para los hombres buenos y verdaderos, sino que toda la canción, desde el principio hasta el final, será: "Al que nos amó y nos lavó de nuestros pecados con Su propia sangre, a Él sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén".

Y a continuación, les agradecerá notar que esta canción celebra algo de la fiereza del enemigo. Observen cómo, cuando el cantante describe el ataque del Faraón, dice: "el enemigo dijo: Perseguiré, apresaré, repartiré despojos; Mi alma se saciará de ellos; Sacaré mi espada, los destruirá mi mano". Se hace una canción de la ira del Faraón. Y así será al final. La ira de un hombre alabará a Dios. Creo que la última canción de los redimidos, cuando finalmente triunfen, celebrará en estrofas celestiales la ira del hombre vencida por Dios.

A veces, después de las grandes batallas, los monumentos se elevan a la memoria de la lucha, ¿de qué están compuestos? Se componen de armas de muerte y de instrumentos de guerra que han sido tomados del enemigo. Ahora, para usar esa ilustración como creo que puede ser usada apropiadamente, se acerca el día en que la furia, la ira, el odio y la lucha se entrelazarán en una canción. Y las armas de nuestros enemigos, cuando se les quiten, servirán para hacer monumentos para la alabanza de Dios. ¡Sigue adelante, sigue adelante, blasfemo! ¡Golpea, golpea, tirano! Levanta tu pesada mano, oh déspota, aplasta la verdad, que aún no puedes aplastar. Quita de Su cabeza la corona, la corona que está muy por encima de tu alcance, ¡pobre e impotente e insignificante mortal como tú!

¡Adelante, adelante! Pero todo lo que hagas no hará más que aumentar sus glorias. Por lo que nos importa, te pedimos que sigas adelante con toda tu ira y malicia. Aunque sea peor para ti, será más glorioso para nuestro Maestro. Cuanto más se preparen para la guerra, más espléndido será Su carro triunfal, cuando cabalgue por las calles del cielo en pomposo despliegue. Cuanto más poderosos sean tus preparativos para la batalla, más rico será el botín que repartirá con los fuertes.

¡Oh, Cristiano, no temas al enemigo! Recuerda que cuanto más duros sean sus golpes, más dulce será tu canción. Cuanto mayor sea su ira, más espléndido será tu triunfo. Cuanto más se enfurezca, más se honrará a Cristo en el día de su aparición. "Cantaron la canción de Moisés y

el Cordero".

Y luego notarán, en siguiente lugar, cómo cantaron el derrocamiento total del enemigo. Hay una expresión en esta canción que debería ser y creo que es, cuando se pone música, muy frecuentemente repetida. Es esa parte de la canción, como se registra en los Salmos, donde se declara que toda la hueste del Faraón fue completamente destruida y no quedó ni una sola de ellas. Cuando esa gran canción fue cantada a orillas del Mar Rojo, hubo, sin duda, un énfasis especial en esa expresión, "ni uno solo". Creo que oigo a las huestes de Israel. Cuando conocieron las palabras, empezaron y procedieron así: "No queda ni uno solo de ellos". Y luego, en varias partes, se repitieron las palabras: "Ni uno solo, ni uno solo".

Y entonces las mujeres con sus dulces voces cantaron, "Ni una, ni una". Creo que al final una parte de nuestro triunfo será el hecho de que no quede ni uno. Miraremos a lo largo y ancho de la tierra y veremos que todo es como un mar llano. Y ningún enemigo nos perseguirá... "¡Ni uno, ni uno!" Nunca te eleves tan alto, oh engañador, no puedes vivir, porque nadie escapará. Nunca levantes tu cabeza tan alto, oh déspota, no puedes vivir porque nadie escapará. Heredero del cielo, ningún pecado cruzará el Jordán después de ti. Ni uno solo pasará el Mar Rojo para alcanzarte. Pero esta será la cima de tu triunfo: "¡Ni uno, ni uno! No queda ninguno".

Permítanos tomar nota nuevamente, y no te detendré mucho, no sea que te canse. Una parte del cántico de Moisés consistía en alabar la facilidad con que Dios destruía a sus enemigos. "Soplaste con tu viento, el mar los cubrió; se hundieron como plomo en las impetuosas aguas". Si hubiéramos trabajado para destruir las huestes del Faraón, ¡qué multitud de máquinas de muerte hubiéramos necesitado! Si el trabajo se nos hubiera encomendado, para erradicar las huestes, ¡qué maravillosos preparativos, qué truenos, qué ruido, qué gran actividad habría habido! Pero noten la grandeza de la expresión. Dios ni siquiera se levantó de su trono para hacerlo. Vio venir al faraón, parecía mirarlo con una plácida sonrisa, sopló con sus labios y el mar los cubrió.

Tú y yo nos maravillaremos al final de lo fácil que ha sido derrocar a los enemigos del Señor. Hemos estado forcejeando y trabajando toda nuestra vida para ser el medio de derrocar los sistemas de error... asombrará a la Iglesia cuando su Maestro llegue a ver cómo, mientras la hierba se disuelve ante el fuego, todo error y pecado será completamente destruido en la venida del Altísimo. Debemos tener nuestras sociedades y nuestra maquinaria, nuestros predicadores y nuestras reuniones y con razón, también, pero Dios no los requerirá al final. La destrucción de sus enemigos será tan fácil para Él como la creación de un mundo.

En silencio pasivo e impasible se sentó. Y no hizo más que romper el silencio con, "Que haya luz, y la luz fue". Así que al final, cuando sus enemigos estén furiosos, soplará con sus

vientos y serán dispersados. Se derretirán como la cera y se quemarán como la hierba. Serán como la grasa de los carneros, en humo se consumirán, sí, en humo se consumirán.

Además, en esta canción de Moisés notarán que hay una belleza peculiar. Moisés no sólo se regocijó por lo que se había hecho, sino por las futuras consecuencias de ello. Dice: "El pueblo de Canaán, al que estamos a punto de atacar, ahora será presa de un miedo repentino. Por la grandeza de tu brazo estarán tan quietos como una piedra". Creo que también los oigo cantar eso, dulce y suavemente: "Tan quietos como una piedra". ¿Cómo se llenan las palabras, como un suave trueno que se oye a lo lejos? "¡Tranquilo como una piedra!" Y cuando lleguemos al otro lado del río, veamos el triunfo sobre nuestros enemigos y veamos a nuestro Maestro reinando, esto formará parte de nuestro canto, que de ahora en adelante debe ser "tan quieto como una piedra".

Habrà un infierno, pero no será un infierno de demonios rugientes, como ahora. Estarán "tan quietos como una piedra". Habrá legiones de ángeles caídos, pero ya no tendrán el valor de atacarnos o desafiar a Dios, estarán "tan quietos como una piedra". ¡Oh, qué grandioso será ese sonido cuando las huestes de los redimidos de Dios, mirando hacia abajo a los demonios encadenados, atados, silenciados, mudos por el terror, canten exultantes sobre ellos! Deben estar tan quietos como una piedra. Y allí deben acostarse y morder sus ligaduras de hierro. El feroz despreciador de Cristo ya no puede escupirle a la cara, el orgulloso tirano ya no puede levantar sus manos para oprimir a los santos, incluso Satán ya no puede intentar destruir. Estarán "tan quietos como una piedra".

Y por último la canción concluye notando la eternidad del reino de Dios, y esto siempre formará parte de la canción triunfante. Cantan: "El Señor reinará por siempre y para siempre". Entonces puedo suponer que toda la banda se puso en marcha con su música más fuerte. "El Señor reinará por siempre y para siempre". Parte de la melodía del Cielo será "El Señor reinará por siempre y para siempre". Esa canción nos ha animado aquí... "¡El Señor reina! ¡Bendita sea mi Roca!" Y esa canción será nuestro regocijo allí. "El Señor reina por los siglos de los siglos". Cuando veamos el plácido mar de la Providencia, cuando veamos el mundo bello y hermoso, cuando veamos a nuestros enemigos destruidos y al Dios Todopoderoso triunfante, entonces gritaremos la canción...

***"¡Aleluya! Porque el Señor
Dios Omnipotente reinará.
¡Aleluya! Dejemos que la Palabra
Resuene alrededor de la tierra"***

¡Oh! ¡Que estemos allí para cantarla!

Tengo un comentario que hacer y habré terminado. Saben, amigos míos, que como hay

algo en la canción de Moisés que es típico de la canción del Cordero, había otra canción cantada por las aguas del Mar Rojo que es típica de la canción del Infierno. "¿Qué quiere decir, señor, con ese terrible pensamiento?" Oh, ¿debo usar la palabra música? ¿Debería profanar la palabra celestial hasta el punto de decir que fue una música triste que salió de los labios del faraón y de su ejército? Atrevida y pomposamente, con un redoble de tambor y un toque de trompeta entraron en el mar. De repente su música marcial cesó. Y ah, ustedes, cielos e inundaciones, ¿qué fue? El mar caía sobre ellos, para devorarlos completamente.

Oh, que nunca oigamos ese chillido, ¡ese horrible grito de espantosa agonía que parecía rasgar el cielo, y que luego fue silenciado de nuevo cuando el Faraón y sus poderosos hombres fueron tragados y bajaron rápidamente al infierno! Ah, estrellas, si lo hubieran escuchado, si la negra nube de aguas no les hubiera impedido el sonido, podrían haber seguido temblando hasta esta hora, y tal vez estén temblando ahora. Tal vez el parpadeo de la noche se deba a ese terrible chillido que escuchaste, porque seguramente fue suficiente para hacerte temblar para siempre. Ese espantoso chillido, ese horrible gemido, ese horrible aullido cuando todo un ejército se hundió en el infierno de una vez, ¡cuando las aguas se los tragaron!

Tened cuidado, amigos míos, tened cuidado de no tener que uniros a esa terrible miseria. Tened cuidado de que ese horrible aullido no sea vuestro, en lugar de la canción de los redimidos. Y recordad, así debe ser, a menos que nazcáis de nuevo, a menos que creáis en Cristo, a menos que os arrepintáis de vuestro pecado y renunciéis a él totalmente, y con corazones temblorosos pongas vuestra confianza en el Hombre de los Dolores que pronto será coronado Rey de reyes y Señor de señores.

¡Que Dios los bendiga y les dé a todos a probar de su salvación, para que puedan pararse sobre el mar de vidrio y no tengan que sentir los terrores del fuego mezclado en las profundidades inferiores! ¡Dios Todopoderoso bendiga esta vasta asamblea, por el amor de Jesús! Amén.